

— ¿Qué mejor plan quiere? Un pensamiento salvador, otros hombres y otras obras.

— ¿Y cuál es el pensamiento, cuáles son los hombres y cuáles son las obras?

— Eso á ustedes les toca.

— ¿Y acepta usted el gobierno del señor Juárez?

— ¡Válgame, señor, y que me haga esas preguntas!... Me ofende, créame que me ofende. Yo creo al señor Juárez lo que no le creen otros: le creo impecable.

— Sin embargo, dicen que usted trata de apoderarse de su persona y de todo el gobierno.

— ¡Válgame, señor! sería un sacrilegio.

— Pues dicen que usted estaba pronto á cometer ese sacrilegio.

— No, lo que creo sucede es que ustedes le tienen tirria al Estado de Nuevo León y Coahuila; le quieren quitar sus recursos y dejarle en la miseria; y usted comprenderá que es justo que yo me resista á ir de esa manera al precipicio... Ya le digo á usted: aquí necesitamos «un pensamiento salvador, otros hombres y otras obras». Si no hacemos esto ¿á dónde vamos? ¿qué será de nosotros en poco tiempo? Los sucesos lo están diciendo con ese lenguaje que no admite réplica ni menos ilusiones. ¡Espantosa verdad que aun hay algunos que se niegan á reconocer! Los partidos no han hecho otra cosa que arruinar este pobre país, y con ellos la nación toda y sus hijos

buenos y malos, vamos á ser sojuzgados y desarmados, y ¿entonces, señor Doblado? No perdamos el tiempo, no demos lugar á aquel fatal *entonces*. Al grano...

— Eso le digo á usted, señor don Santiago; al grano, que con eso no vamos á ninguna parte. ¿Se somete usted?

— ¡Si estoy sometido, señor don Manuel! Yo sólo pido que ustedes no dispongan de las rentas federales, que no dejen á este Estado á un pan pedir, que...

— ¿Y si nos empeñáramos en que el gobierno recibiera lo que es suyo?

— ¡Ah! entonces, entonces... En fin, ¡allá ustedes! Todavía es tiempo de que reflexionen; si ustedes dan un paso, yo daré dos; si se disgustan porque quiero quitar la camarilla del lado del Presidente, yo he de sostener lo que digo y nada más. ¿Qué le parece? Y luego, que naturalmente, uno se afecta por lo que intentan en su contra; no es de palo para soportar sin moverse las atrocidades que le hagan. ¿Por qué quiere el Presidente entrar de noche? ¿Por qué tiene empeño en venir acompañado de tropas?

— Pero si el Presidente llega de noche porque la noche le coge en el camino, no era cosa de que se quedara á campo raso, *jateando* como un arriero.

— ¿Y la tropa? ¿La división de Guanajato?

— La división de Guanajato viene conmigo, y puede estar seguro de que nada intentará contra usted.

— ¿Y si el Presidente se lo manda?

— Si el Presidente se lo manda será porque usted y yo hayamos agotado los medios de conciliación, y, por consecuencia, porque hayamos dejado de ser amigos.

— Don Manuel, don Manuel, ¿me viene usted á tantear? ¿Es mi amigo? ¿Me quiere como dice? ¿Está de mi lado ó del lado de los galabardos que me aborrecen porque les sirvo de estorbo? La verdad, don Manuel.

— Soy su amigo de usted, señor don Santiago; soy su amigo y se lo demuestro proporcionándole oportunidad de que se sincere. Le atribuyen á usted propósitos de traición, deseo de someterse á los franceses, veleidades antipatrióticas; pruebe usted que esos son indignos rumores que han propalado sus enemigos.

— Claro que son.

— Y que usted es el mismo patriota que conoce México desde hace tantos años.

— Por supuesto.

— Y que habrá en usted el ánimo equivocado de un partidario; pero nunca el alma bellaca de un traidor.

— Eso, eso.

— Pues ¿qué aguarda para presentarse ante el Presidente y arreglar todos sus asuntos?

— Amigo, ¿y la camarilla?

— ¿A qué llama usted la camarilla?

— A toda esa cáfila de mexicanetes que tienen la tripa

pegada al espinazo y que vienen á querer sacarla de mal año acá en el rumbo.

— Pues de usted depende que se alejen á toda prisa.

— ¿De mí? ¿Y cómo?

— Diciéndole dos palabras al Presidente.



MONTERREY. — RUINAS DE LA CIUDADELA

— ¿Dos? Ya le he dicho dos mil.

— Se las habrá dicho usted en comunicaciones y pape-
lorios que dan por resultado el embrollar más las cosas.

— Cabal.

— Pues tiene usted que decírselas frente á frente.

— ¡No, no soy la ciega! exclamó don Santiago, dene-
gando enérgicamente con el índice larguísimo de su mano

derecha. La camarilla me coge, me entrega á los mañosos de Quesada y se acabó la historia. Esa no es conmigo.

— Pues para demostrarle que no hay en el gobierno sino la mejor intención para usted, le propongo esto que le dará idea de mi sinceridad y de lo seguro que estoy de que don Benito no quiere sino la paz con usted. Yo me quedo aquí y usted va á la conferencia; ¿hay arreglo? vuelve usted y me deja en libertad; ¿no hay arreglo y ponen á usted preso ó le matan? pues como yo estoy en rehenes, á mí me matan ó me ponen preso en lugar de usted.

Vidaurri se quedó un rato con la frente entre las manos, luego alzó la cabeza y dijo con reposo:

— Pues óigame, no me parece mal; pero me va á permitir que lo consulte con mi señora, con Juanita, Juanita Vidaurri; que también es mi prima...

— No sabía que la señora...

— Es un entendimiento para alabar á Dios, y como es *zaurina*...

— ¿*Zaurina*?

— Ni más ni menos: nació en viernes santo y lloró en el vientre de su madre.

— Sí, sí, vaya usted... como es *zaurina*...

Tardó Vidaurri un buen cuarto de hora, y luego repantigándose en el sillón, hizo ademán de limpiarse un su-

dor que no se cohonestaba con el frío de la temperatura. Venía fumando un cigarro de hoja que casi le cubría la mano, y echaba humo por boca y narices.

— Amigo, bien dijo quien dijo que el consejo de la mujer es poco y quien no le toma es un loco; pero mucho mejor habría dicho si hubiera dicho que es loco rematadísimo si no le toma cuando el consejo de la mujer es mucho y muy bueno.

— No entiendo.

— Pues casi nada. Mi pobre mujercita, que aunque me esté feo el decirlo, guarda de eso con que se hacen los sermones, además de que tiene muchísima práctica del mundo, y de que todo lo consulta con mi yerno Milmo, y de que es *zaurina*...

— Sigo sin entender.

— Porque, ¿no se ha fijado usted en que las cosas que á veces se nos escapan ellas las cogen al vuelo?

— ¿.....?

— Son más listas; no cabe duda. Bueno, pues Juanita me dice esto que es el evangelio: «tú ves si te presentas; eso es cosa tuya; es asunto de política y yo no me meto en políticas; pero en tu lugar no iría. ¿Por qué? Muy sencillo: don Benito Juárez aborrece á Doblado, te aborrece á ti, y si al saber tu muerte nosotros sacrificamos á Doblado, le hacemos el caldo gordo al Presidente: sale de dos gentes que le molestan mucho, de una por su pro-

pia mano y de otra por mano ajena.» ¿Qué le parece? ¿Verdad que tiene razón?

En vano procuró don Manuel disuadir á Vidaurri; se había remachado en el parecer de su *zaurina* y todos los padres del concilio no le habrían hecho dar un paso atrás ni adelante.

IV

Don Manuel se sirvió uno tras otro vasos de aguardiente, les bebió en traguitos, escupió una saliva espesa, se echó en la silla del caballo, puso dos ó tres compases de silencio, y luego con voz pausada continuó:

— ¡Caramba! Ya hacía ganas de un pisto: hablé más que un padre misionero y me siento cansado y sin alientos... Bueno, y usted dirá: «estas son invenciones del amigo don Manuel; ¿de dónde demonios sacó toda esa descripción de cuanto pasó y no pasó? A buen seguro que Doblado, que tiene fama de sigiloso, fuera á hacerle confianzas á su escribiente.» En efecto, mi jefe, patrón, valedor, y hasta me atrevería á decir que amigo, don Manuel Doblado, no me tiene á su lado para comunicarme lo que le ocurre; pero ha de saber usted que el hombre estaba ardiendo contra Vidaurri al grado que se le podían tostar chiles. Después de todas las cosas que sucedieron, el Cíbolo dió en la florecita de que don Manuel no había

transmitido sus palabras, que no había obrado con lealtad, que era un falso y un traidor y que, en suma, se había comido el mandado. Al saberlo el diplomático se puso hecho un energúmeno y á don José María Iglesias, á su amo de usted y á otro señor que no conozco les despetitó todito: yo estaba en la pieza vecina y pude oír cuanto dijeron. Por cierto que esta intempestiva retirada nuestra la explicaban ellos muy bien.

— ¡Por Dios, decía Prieto, que se porta bien la *espada del Congreso! Et dixebant: ave rex Iudeorum et dabant ei alas*. Nos recibe con mimo, nos agasaja, hinca ante nosotros la rodilla, y luego nos venda los ojos y nos pega con una caña y nos pide que adivinemos quién nos dió.

— Y tú no conoces todo el caso, Guillermo, interrumpió Iglesias: contestó el aviso del viaje del gobierno diciendo que con satisfacción se apresuraría á recibirle del mejor modo posible; y al mismo tiempo llamó reservada y violentamente á la brigada del general Hinojosa con objeto de que fuese á auxiliarle para atacar á las fuerzas del gobierno. Mandó poner vela en las calles de Monterrey, disponer habitaciones y hacer todos los preparativos de solemnidad para recibirle; y á la vez estuvo esperando los momentos inmediatos á la llegada para echarse sobre los cañones que se habían enviado confiando en su palabra. Dispuso que el Ayuntamiento y los funcionarios públicos fuesen á recibir al gobierno, y antes fué á ence-

rrarse él con todos los que pudo armar, dentro de la Ciudadela, en actitud de guerra. Mandó hacer salva de honor á la entrada del Presidente, como también la mandó hacer después, al tiempo de su salida; y sin embargo, tenía abocados los cañones contra las fuerzas del gobierno.

— ¡Bandido! gritó Guillermo enseñando los puños; ¿quién va á creer en su mentida sumisión? Es como la gatita de Sor Ángela: por delante halaga y por detrás araña. La noche que permanecimos en Monterrey hizo correr la voz de que atacábamos la Ciudadela é inventó una algarada en que menudearon los mueras contra Juárez y contra el gobierno.

— Y anunció que si el gobierno no hacía salir sus tropas, él se vería obligado á hacerlas salir por la fuerza al siguiente día.

— Pero pronto terminarán los bríos de este mamarracho: Coahuila quedará separado de Nuevo León.

— Cuando vió salir las fuerzas creyó que había triunfado y se las prometió felices: mandó preguntar al señor Juárez si podía recibirle y llegó fingiendo sumisión. Luego que supo que el gobierno salía de Monterrey, pidió no se diera un paso que podía traer consecuencias.

— Ningunas por parte del gobierno; lo que deseo es que no las haya aquí; nos enfriaremos, calmarán los ánimos y volveré, contestó el señor Juárez...



CAPÍTULO VIII

Monterrey

I

BIEN dijo quien dijo que Júpiter enloquece á aquel á quien desea perder. Vidaurri, que se las echaba de listo, de zorro, de agudo, de hombre que sentía crecer la hierba, á la hora que quiso poner en acción su diplomacia sutil y maquiavélica hizo lo que muchos otros que quisieron establecer componendas entre la verdad y la mentira, entre el diablo y San Miguel, entre Orzmud y Arimanes.

Se encontró solo, sin el gobierno de Juárez, sin la presión de la camarilla, sin el temor de que los mexicanetes se comieran en salsa verde al Estado de Nuevo León y se puso á respirar á pulmón pleno. Y entonces se le ocurrió, para justificar, cohonestar y dar cariz de cosa excelente á la traición que premeditaba, se le ocurrió, digo, el arbi-